

# Perejiles

Adriana Robles, *Perejiles, los otros montoneros*, Buenos Aires; Colihue; 2004. 157 páginas

*Horacio Baltazar Robles\**

Hay coincidencia en atribuir al esfuerzo del movimiento de los derechos humanos a través de su impulso original, basado en el dolor por la pérdida de sus familiares, haber contribuido al establecimiento en Argentina de un campo temático, que de manera genérica y un tanto imprecisa se puede identificar como aquel formado por las “representaciones del pasado reciente”. La denominación recoger una de las formas centrales de estas representaciones: las memorias. Es justamente la formación de un “régimen social de la memoria” asociado a la reacción de la sociedad argentina a los males de la Dictadura, la recuperación de las formas políticas democráticas y la defensa de los derechos humanos el que se atribuye a la acción decidida de los organismos y a su estrategia de involucrar al estado en las “políticas de la memoria”. Desde las ciencias sociales y particularmente desde la historiografía se ha buscado caracterizar este campo y sobre todo definir las relaciones entre historia y memoria. En nuestro medio este empeño, si bien tiene la forma de un debate, ha logrado establecer una serie de principios explicativos sobre la emergencia y producción de los testimonios sobre el pasado reciente.

En primer lugar el ejercicio de la memoria no es un acto espontáneo, implica estrategias conscientes de grupos sociales que intentan inscribir sus acciones en el estado por medio del establecimiento de “políticas de la memoria”. En segundo lugar, las memorias basadas en las experiencias del pasado e impulsadas en las “urgencias del presente” buscan dar sentido y comunicar esas experiencias. Finalmente hacer pública una “memoria privada” precisa de un contexto que lo facilite y lo vehicule. (Lorenz, 2004; Calveiro, 2004)

En la Argentina la formación de un régimen social de la memoria en los años ochenta, como ya dijimos, se asoció a la voluntad por mantener vivo el recuerdo de los horrores de la última dictadura. Los productos más emblemá-

\* Docente en Sociología UNLP/FaHCE  
*Cuestiones de Sociología*, N° 3, 2006, pp. 391-398.

ticos que dieron emergencia, tanto académica como no académica a la “historia del pasado reciente” fueron el *Nunca más* y los juicios a las Juntas. En cierto sentido este accionar impulsado por el desgarramiento, sobre todo materno, por la ausencia de los seres queridos creó un consenso social en torno a que se trató de “víctimas del terrorismo de Estado”. A mediados de la década de los noventa, en un contexto dominado por las “políticas del olvido”<sup>1</sup>, se intensificó, sin embargo, la oposición de los organismos y sus allegados a cualquier forma de “cierre” del pasado reciente. Dos hechos protagonizados por el “bando de los victimarios” marcan la etapa; las confesiones de marino Scilingo sobre los métodos de desaparición y las declaraciones del jefe del ejército Martín Balsa reconociendo las responsabilidades en el terrorismo de Estado de las FFAA. La reactivación de la producción testimonial vendrá ahora de los militantes de organizaciones políticas de los años setenta, sobre todo de sus cúpulas. Algunos de los testimonios más relevantes fueron: *La otra historia. Testimonio de un jefe montonero* de Roberto C. Perdía y los trabajos de Ernesto Jauretche el libro *No dejés que te la cuenten* y el film, *Cazadores de utopías*.

A fines de los noventa y con más claridad en los primeros años de 2000 se va a intensificar la intervención estatal (ejemplos notorios: las reivindicaciones del kirchnerismo a la militancia setentista y la cesión del predio del ESMA), creando condiciones políticas favorables para que los testimonios sobre los años anteriores al golpe proliferen. Exiliados, internos y externos, exdetenidos, sobrevivientes de la tortura y el encierro, tomaron de manera decidida la palabra, pero, con una nueva orientación en el contenido de sus memorias: no fueron ni deben ser considerados víctimas, más aún si esto supone el corolario de considerar sus experiencias como efecto de una manipulación por parte de las conducciones políticas de sus respectivas organizaciones. Los hitos de esta “efervescencia testimonial” de los protagonistas están claramente expresados en los tres tomos de *La Voluntad*, y en una serie de libros, entre los que se encuentra el reseñado, que recuperan la historia de los militantes de base de las organizaciones armadas en muchos casos tomando distancia de los relatos centralizados en las cúpulas que generalmente los anteceden.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Es posible afirmar que las políticas del olvido tienen su origen en el proyecto de la propia Dictadura con la denominada ley de autoamnistía. También durante el alfonsinismo esta interpretación estatal sobre el pasado reciente avanzó con las leyes de punto final y obediencia debida. Pero será en la presidencia de Menem donde la estrategia tendrá importantes consecuencias en el campo de las víctimas del terrorismo de estado con los indultos y las indemnizaciones.

<sup>2</sup> Otros ejemplos recientes son: Asuaje, Jorge Pastor; *Por algo habrá sido. El fútbol, el amor y la guerra*, Buenos Aires, Nuestra América, 2004. Sadi, Marisa; *Montoneros. La resistencia después del final*, Buenos Aires, Nuevos tiempos, 2004. Zuker, Cristina; *El tren de la victoria*, Buenos Aires, 2003.

Inscrito, entonces, en esta última oleada, el relato de Adriana Robles<sup>3</sup>, María según su “nombre de guerra”, comienza con dos datos autobiográficos, que vienen a corroborar hipótesis más académicas sobre la cuestión: su filiación familiar no peronista, por un lado y católica militante, por otro<sup>4</sup>. A partir de ahí aborda el pasaje de la militancia cristiana a las organizaciones de base del peronismo montonero, primero, en 1974 en la Unión de Estudiantes Secundarios (UES), luego desde 1975 en los frentes de masas de Avellaneda y Lanús y con el golpe como miembro de un pelotón de combate urbano hasta 1977, año en que comienza el exilio interno en Bariloche junto a su esposo.

Así, el testimonio, irá mostrando cómo la activación de una pasión militante se debió a la constitución de un contexto donde “hicimos política desde la única forma posible: por los otros y desinteresadamente; sin pensar en cargos o recompensas”.<sup>5</sup>

Si seguimos un poco más en detalle el proceso, veremos que este ideal, en el caso de la futura María, parece haber estado relacionado, en primer lugar, en los fuertes vínculos que se establecieron entre política y religión, en la Argentina de los años sesenta y setenta. En efecto hacia comienzos de los setenta, explica la autora, bajo la creciente politización enmarcada por la vuelta de Perón y el fuerte interés que despertó la campaña electoral de 1973, comenzó, Adriana, con quince años, sus primeras experiencias bajo fuertes vínculos

<sup>3</sup> El relato está estructurado por una serie de capítulos cortos que se desenvuelven en un eje cronológico tomando como referencia los acontecimientos básicos de la historia montonera desde el “aramburazo” pasando por los frentes de masas, la clandestinidad, y la militarización final. La autora prácticamente no cita fuentes y la bibliografía que menciona es bastante “clásica”: *Nunca más* compilado por la CONADEP; *Recuerdos de la Muerte* y *Diario de un clandestino* de M. Bonasso; *Soldado de Perón* de R. Gillespie, *La soberbia armada* de P. Giussani y trabajos más recientes como *La Voluntad* de Anguita y Caparrós. Adriana, que confiesa haber renunciado a una ayuda profesional, logra una escritura amena manteniendo la atención del lector interesado.

<sup>4</sup> Padre y madre practicantes de la Acción Católica y hermanos educados en escuelas católicas. A manera de hipótesis se podría afirmar que “hacia la política”, como en muchas casas de los sectores medios bajos de la Argentina de los años sesenta, prevalecía una actitud de extrañeza: “en general no se hablaba de política” (Robles, 2004: pág. 20). De manera que los debates sobre peronismo y antiperonismo tuvieron un leve eco familiar y no contribuyeron a la formación de la futura militante.

<sup>5</sup> Desde ese escenario global que hemos descripto como facilitador para la producción del testimonio sobre su militancia se pueden llegar a identificar datos biográficos recientes: sobre la base del fuerte apoyo que tuvo la presentación del libro (ver el diario digital [bariloche2000.com](http://bariloche2000.com)) es posible concluir que la autora busca agregar el “idealismo político” de los “perejiles” al programa reivindicativo de la actividad política que encarnar el kirchnerismo, del que Adriana Robles es parte en su calidad de miembro de la conducción del PJ de Río Negro. El modelo de la política de los 90 como un “negocio sin ideales ni deseos colectivos” (Robles, 2004: pág. 14) debe ser dejado atrás y un decisivo aporte puede venir de aquellos que participaron en la experiencia de la militancia peronista revolucionaria de los setenta.

personales y afectivos y el patrocinio católico: apoyo escolar y campañas de salud en los barrios, Cursillos de Cristiandad, retiros espirituales. Aquí el papel que jugaron los “sacerdotes profesores”, como “mediadores” entre la actividad religiosa y la política, es subrayado por la montonera en ciernes. (Y por su padre quien atribuyó su incorporación a Montoneros a la influencia de uno de ellos).<sup>6</sup>

El otro elemento motivador una vez que el militantismo católico mostró sus límites, siempre reticente a aceptar la opción armada, recuerda la autora, aunque no su verdadera significación, fue la fuerte identificación con la figura del combatiente: “la guerrilla era una especie de lugar sagrado”, lugar de elegidos para concretar la “misión” y el llamado del “Cristo de los pobres”. Un último elemento articulador, podríamos agregar nosotros, se constituyó con el despliegue organizativo y el debate de ideas que implicó la “estrategia de masas” impulsada por los Montoneros. Esto posibilitó a María la militancia en un sentido estricto en Avellaneda, su barrio, (donde no faltó, destaca el testimonio, mucha insistencia personal) a través, del “encuadramiento” en una agrupación de masas como la UES y la aprehensión del carácter revolucionario del peronismo por medio de la lectura de los clásicos del “revisionismo peronista”: Rubén Dri, Hernández Arregui, W. Cooke.

En este primer momento “los pibes de la UES, en un marco de alegría, amores, peleas e intrigas” realizaban una serie de prácticas presentadas por la autora, en su carácter de proceso cultural modernizador para su generación: debatir política, preparar volantes y documentos, pasar el parte de las actividades, escuchar música y leer poesía con contenidos revolucionarios, fumar, jugar a las cartas.<sup>7</sup> Junto con otras más estratégicas: volantear y promover la discusión política con prioridad en las escuelas técnicas “porque de allí saldrían los futuros obreros revolucionarios”.

Es posible establecer en la experiencia de María un segundo momento o etapa en su vida de militante, signado por dos hechos políticos que serán definitorios para la experiencia montonera en general y para la protagonista en particular. El primero fue la movilización y la concurrencia a la plaza de Mayo el 1/5/1974, descrito e interpretado para afirmar el objetivo central del trabajo: la autoconsciencia política de la militancia de base.

<sup>6</sup> Este fenómeno está escasamente abordado por los estudios sobre la militancia setentista. Los curas que compilaron y difundieron la síntesis entre cristianismo y marxismo, constituían un tipo de intelectual que por sus actividades eran los únicos con acceso a audiencias no universitarias de jóvenes (Altamirano, 2001)

<sup>7</sup> Aunque no todo fue secularización y modernización., nos informa el relato: la formación revolucionaria incluyó algunas prescripciones que podían ser entendidas como “conservadoras”: el fumar marihuana era descalificador, la droga era una arma de la dependencia cultural. También la moral sexual “oficial” de la organización era de cumplimiento estricto aún en las condiciones de “libertad” en que transcurrían las relaciones entre compañeros y compañeras.

En efecto podemos así comprender de manera más acabada la utilización que hace la autora del término Perejiles<sup>8</sup> en la medida en que a través de él busca fundamentar este objetivo central, dotándolo de una doble significación: en primer lugar oponerse a la visión global de los jóvenes activistas como “víctimas inocentes”: la asunción final de la militancia en organizaciones armadas, se definió más por un “proceso muy personal”. En segundo lugar, marcando diferencias con la conducción, al afirmar que el retiro de las columnas montoneras, luego de la reprimenda de Perón, fue espontáneo “sin que mediara ninguna orden”, impuesto por “nuestros propios corazones desgarrados”.<sup>9</sup>

En la trayectoria del peronismo histórico existen muchos ejemplos de operaciones discursivas y políticas de resignificación de “motes infamantes”, como perejiles. El ejemplo más ilustre fue la propia Eva Perón y la utilización que hizo, como arma de lucha ideológica de los calificativos “descamisados” o “mis grasitas”. La propia organización de la que María formaba parte llevó adelante en su momento fundacional una operación similar: la adopción del nombre Montoneros implicó resignificar, dotándolo de contenido “nacional, popular y revolucionario” un actor histórico condenado al mundo de la barbarie por la historiografía liberal. Así los jóvenes guerrilleros se apropiaron y se autorreferenciaron en este actor, representado por los caudillos y sus luchas contra el poder extranjerizante de Buenos Aires, tomando la posta de una lucha histórica por la liberación. (Gillespie, 1987).

El segundo acontecimiento, la muerte de Perón, implicó para los pibes de la UES de Avellaneda, “la experiencia más directa y palpable de lo que

<sup>8</sup> Según las definiciones que da la autora: “Los perejiles, la base menos formada e informada de las organizaciones político-militares. Los desconocidos, los que muchos no saben quiénes fueron... los miles de cuadros de base de Montoneros que, aunque no decidíamos las acciones porque éramos destinatarios de las órdenes, nos sentíamos tan protagonistas e indispensables como cualquier jefe... nuestra militancia se gestó en las entrañas de la resistencia peronista, se nutrió de su historia... , y todos fuimos héroes, más allá de los grados y jerarquías ”. (Robles, 2004: pág. 16)

<sup>9</sup> El testimonio si bien bastante parco sirve para plantear un hecho trascendental en la trayectoria política de montoneros y las prácticas que se pusieron en juego para fijar una línea estratégica. Según otra memoria reciente de un disidente de la conducción montonera de La Plata, en la retirada del acto del 1 de mayo, protagonizado exclusivamente por el activismo, hubo una serie de indicios que permiten afirmar que se trató de una acción deliberada y quienes la promovieron “tenían especial interés en que apareciera la base y no la conducción montonera como la determinante de la retirada” (Flaskamp, 2002, pág., 152). La “retirada impuesta por la base”, tesis sostenida por Firmenich, significó la imposición hacia adentro de la ruptura con el peronismo y la militarización creciente.

Fue en gran medida esta interpretación de los hechos, la que Adriana Robles no hace explícita pero a la que en gran parte responde, la que contribuyó a la formulación del calificativo perejiles en su connotación negativa.

significaban el amor al líder y al peronismo y el desgarró por su pérdida” (Robles, 2005: pág. 43). El testimonio permite seguir pensando, a través del análisis de estas experiencias “no programáticas”, la encrucijada montonera básica: continuar adentro del peronismo y renunciar a ser su “vanguardia” o enfrentarlo resignando su ascendiente popular. Cuánto impresionó a la conducción y a las bases el despliegue de la liturgia peronista es un capítulo que resta por comprender.

En esta etapa el “pasaje a la clandestinidad”, consigna el relato, parece haber determinado la vida de la base montonera por una doble práctica: la militante y la “burguesa”. En el primer caso se hacen más fuertes las relaciones entre militantes y cobra mayor importancia la figura del “responsable”. El ideal de convertirse en cuadros políticos-militares generó competencia y se galvanizó con los primeros muertos. La intensidad de estas relaciones construyó dentro de la baja militancia fuertes lazos y sentimientos de pertenencia.

El lado “burgués”, subsumido en muchas ocasiones por el carácter “integrista de la militancia”<sup>10</sup>, alude a los “gustos de una joven adolescente de aquellos años”: la ropa, el cine, compartir con amigos no militantes, leer más allá de la prensa partidaria. En el caso de María parece haberla llevado a ciertos enfrentamientos que fueron resueltos por “juicios políticos” a su conducta. Si bien podían dar lugar a fuertes sanciones que incluían detenciones, trabando el ascenso dentro de la organización, en general eran acatadas disciplinadamente, aunque retrospectivamente merecen por parte de la autora cierta conmiseración: se trataba de la sobreactuación de un militarismo extemporáneo.

Un tercer momento es identificable en la militancia de nuestra joven montonera teniendo en cuenta el dramatismo que impregna al testimonio cuando nos acercamos al año 1976: los relatos de muertes empiezan a mortifi-

<sup>10</sup> Esta noción, en su acepción general, apunta a identificar aquellos grupos que exigen a sus integrantes que la totalidad de sus actividades se ajusten a sus normativas. Los grupos religiosos con sus prescripciones tanto para el ámbito privado como público de sus miembros, son ejemplo paradigmático del integrismo.

Ahora bien para precisar la noción y no caer en abstracciones innecesarias me parece fundamental poner en marcha trabajos empíricos que investiguen cómo se articularon, en el caso de la militancia de los años setenta en nuestro país, las motivaciones individuales y las necesidades estrategias de las organizaciones políticas-militares.

Existen trabajos recientes sobre la cuestión centrados en el lugar de la mujer y la vida cotidiana, que no sin ciertas críticas, comienzan a consolidarse. (ver Oberti Alejandra; “La moral según las revolucionarias”, en *Políticas de la Memoria*, Nro. 5, CeDInCi. 2004/2005)

El testimonio que nos ocupa brinda diferentes ejemplos en esta dirección donde aparecen dudosas justificaciones estratégicas que ponen a prueba la fibra militante de María: en el momento de ingresar al ámbito universitario se decide por Letras, pero lo descarta, sobre todo porque sus compañeros, muy probablemente su “responsable”, le advirtieron que “no era una carrera prioritaria ni demasiado útil para nuestra acción revolucionaria” (Robles, 2004: p. 69). De manera que su actividad pasó hacer “territorial en una estructura militar”.

car la vida cotidiana de los compañeros y ya es clara la metodología del enemigo: el mecanismo de la tortura para sacar información es el eje represivo. Aquí la autora subraya el contraste entre la “legalidad” y la “clandestinidad”<sup>11</sup>.

La experiencia de la clandestinidad, podríamos concluir con el testimonio, consistió centralmente en un proceso de militarización (“hasta se impuso que debíamos llevar uniforme”) y aislamiento. En su carácter de miembro de un pelotón de combate urbano, María participó en enfrentamientos armados sin réditos políticos claros, teniendo entre sus objetivos primarios, casi único, no entregarse con vida y resistir la tortura. Las sanciones estaban a la orden del día, (los juicios políticos tuvieron para ella condena de cumplimiento efectivo), y las críticas eran consideradas en su mayoría como “funcionales” a enemigo. Su conclusión fue sentirse “a merced de dos locuras desigualmente peligrosas... Nos perseguía un enemigo poderosísimo... del lado de nuestras fuerzas, había mucho delirio por ahí” (Robles, 2004: pág., 143).<sup>12</sup>

Como ejemplo de la evocación de los avatares de la militancia revolucionaria de la base de Montoneros en el momento de su mayor convocatoria, desarrollo y aislamiento final, tema sobre el cual, según creo, la mirada académica aún no ha avanzado lo suficiente, el testimonio que nos entrega Adriana Robles tiene discontinuidades, reiteraciones innecesarias y olvidos subsanables; limita la autocrítica a “militarismo” y busca restituir el carácter heroico y desinteresado de su experiencia y la de sus compañeros.

Su aporte, sin embargo, consiste en que permite explorar la perspectiva del actor (o “la perspectiva nativa” en términos antropológicos) y la riqueza de la vida cotidiana de la militancia setentista, aunque de manera parcial, mu-

<sup>11</sup> Este último aspecto, centrado en las relaciones con el “mundo legal”, compuesto generalmente por los no militantes, parece haber tenido una importancia creciente para la base. Recolectar más testimonios en esta dirección, desde una perspectiva que podríamos llamar etnográfica que busque captar el “punto de vista del actor”, nos permitiría tal vez “medir” el grado de apoyo o aislamiento alcanzado por estos combatientes urbanos.

<sup>12</sup> A la manera de una regla aparece en los testimonios, y en un sin número de trabajos académicos, sobre la militancia de los años setenta un aparte que expresa el rechazo explícito a la “teoría de los dos demonios”. Es conocido que esa interpretación fue diseñada desde el alfonsinismo triunfante a comienzos de los ochenta y tuvo entre sus objetivos centrales reivindicar el ejercicio de la democracia electoral oponiéndola a las formas violentas de la política. Se trata, creo, de una formulación que viene de la lucha política postdictadura abonada por la ideología de sentido común característica del radicalismo histórico. La comprensión de la experiencia de las organizaciones armadas y de la radicalización política (y las posibles causas del fracaso final) debería superar, a estas alturas, este “obstáculo epistemológico”.

Este tramo de la memoria de Adriana Robles me parece que tiene esa dificultad. Después de declarar la frase que se cita en forma textual, denuncia el carácter nefasto de la teoría de los dos demonios. Desde el punto de vista de la investigación la cuestión debería ser dar cuenta de esa doble sensación de persecución que percibía, según cuenta la autora, la militancia de base montonera.

chas veces suprimida en virtud de cierto *a priori* teórico. Es verdad que la productividad de esta mirada está por verse, sobre todo para la época y la temática que nos ocupa. En este sentido: ¿Es posible identificar formas de estructuración de las relaciones políticas de carácter microsociológico, o personalizadas, es decir no sólo o exclusivamente de tipo programáticas o partidarias, que obliguen al trabajo etnográfico y a tener en cuenta qué era la política y la militancia para los actores y cómo era significada y experimentada?. Poder identificar “redes de relaciones política personalizadas” en el ámbito de la radicalización política de los setenta y describir su funcionamiento y su inserción en contextos más amplios (en barrios, fábricas, sindicatos, universidades), es, creo, una tarea pendiente que sólo es posible a través de los testimonios de aquellos que formaron parte de esas redes.

## Bibliografía

- Altamirano, Carlos. (2001) *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires, Temas.
- Calveiro, Pilar, (2004) “Puentes de la memoria, terrorismo, de Estado, sociedad y militancia” En *Lucha armada en la Argentina*, Buenos Aires, n° 1.
- Flaskamp, Carlos, (2002). *Organizaciones político-militares. Testimonio de la lucha armada en la Argentina (1968-1976)*. Buenos Aires, Nuevos Tiempos.
- Gillespie, R. (1987). *Soldados de Perón. Los Montoneros*. Buenos Aires: Grijalbo.
- Lorenz, Federico, (2004) “La memoria de los historiadores” . En *Lucha armada en la Argentina*, Buenos Aires, n° 1.